

Duele tanto mirarlo como tocarlo. Detrás de la cortina blanca de las vendas que da vueltas y vueltas a mi caja torácica; sé que están ahí, puedo verlos aunque se escondan. Los moratones son manchas de dolor alrededor de mis costillas. Juegan a los agujonazos de dolor, color azul y púrpura que ocupa todo lo que puedo mirar. Sobre todo el blanco de las vendas.

-Tienes 24 costillas -susurra-. Igual que yo.

Estoy sola. He comprobado tres veces puerta y ventanas, soportando el dolor de levantarme. Lo hago una cuarta. Dicen que en esta habitación nadie puede venir a por mí pero en cualquier momento él vendrá y veré su sombra por debajo de la puerta. Y lo veré atravesar la puerta como si no fuera más difícil que atravesar el aire. Pero yo no puedo, yo no sé huir, me quedaré atrapada entre cuatro paredes y el dolor.

El primer texto científico que manifiesta que mujeres y hombres tienen el mismo número de costillas fue publicado en 1543 por Andrés Vesalio. Hasta entonces se creía (y se siguió creyendo) que los hombres, deudores de Adán, tenían una menos. Por tanto, la mujer debía su existencia al hombre y era tan importante como un hueso sin el que este había vivido desde su creación.

Debería estar en mi casa. No sé qué hago aquí, no sé qué puedo hacer. La denuncia está puesta ya pero me gustaría poder romperla en pedazos y tragármelos uno a uno. ¿Qué soy yo ahora sin él? ¿A quién puedo mirar a la cara y saber que ve algo que no sea dolor y traición? ¿Por qué me he metido yo

sola en un bucle del que ya no veo salida? ¿Por qué pienso en su sonrisa, esa de hace 8 años, y creo que no me importa el dolor? ¿Por qué estoy arruinando su vida? ¿Por qué él ha arruinado la mía?

Las cuenta una a una acariciando su piel, hasta volver a llegar a 24. Él la mira,  
se ríe.

No sé qué va a ser de mi vida ahora. La impotencia me está ahogando y necesito borrar 11 años pero el tiempo sólo sigue avanzando. La psicóloga dice que no es malo, que tengo que perderle el miedo al tiempo. A veces aún le digo que fue un accidente, un accidente, que nunca intentó matarme. Invento algo sobre el estrés. Hago malabares con las excusas para no tener que aceptarlo.

-Tienes 24 costillas, ¿sabes qué significa eso?

Hoy se cumple un año. Aún no he podido rebobinar el tiempo, pero creo que ya no quiero. Sigo teniendo miedo por las noches, echando todos los pestillos que puedo echar. Ya no lloro. Solo a veces, cuando vuelvo a soñar. Entonces escucho su última llamada: "la próxima vez te voy a matar, no serán solo unas costillas rotas". Y me despierto pensando que están rodeadas por una venda blanca y manchas de dolor.

-Claro que sí -responde-, que no eres parte de mi. Que nunca lo has sido.